Imprimir

El asesinato de Charlie Kirk amenaza con envalentonar a la extrema derecha y proporcionar a Donald Trump un pretexto para reprimir la disidencia. La creciente violencia política corroe las normas democráticas y representa una amenaza singular para la izquierda.
Charlie Kirk nunca ha recibido una cálida bienvenida en las páginas de esta revista. Ya no importa. El asesinato de Kirk es una tragedia. Moralmente, es injustificable. Políticamente, es motivo de grave alarma. Una espiral de violencia política aún mayor sería una catástrofe para la izquierda.

Al momento de escribir esto, se desconoce la ideología ni las motivaciones del tirador. Pero algunos puntos clave están bastante claros.

Nadie debería ser asesinado como castigo por su expresión política, por muy objetable que sea. Además de nuestra aversión fundamental a la violencia, también somos defensores de la democracia, que se basa en la libertad de expresión y la investigación abierta. Sin ellas, el autogobierno colectivo es imposible y la tiranía se vuelve inevitable. Imponer silencio a los oponentes políticos mediante la fuerza bruta, ya sea mediante la represión estatal de la disidencia o el asesinato de líderes por parte de lobos solitarios, socava un principio que los socialistas democráticos siempre han defendido.

Además, la perspectiva de un descenso a la violencia política de ojo por ojo es un acontecimiento ominoso que amenaza con reducir el margen para la acción política significativa. Esto augura un mal futuro para la cultura política en general, y en particular para la izquierda. Decimos cosas que otros consideran extremadamente objetables constantemente, y esperamos encontrarnos con un contraargumento enérgico, no con represalias violentas. Si bien la violencia política siempre ha existido en los márgenes, esta ha demostrado ser, en la mayoría de los casos, una expectativa razonable. Parece que hemos estado viviendo en un consenso frágil: en nuestra cultura, por lo demás extraordinariamente violenta, los líderes y comentaristas políticos salieron prácticamente ilesos. Ahora, este consenso parece estar desmoronándose, con consecuencias escalofriantes.

Los intentos y los asesinatos de líderes políticos están en aumento, al igual que los asesinatos por motivos políticos de personas menos notables. Si bien este tipo de violencia proviene de todo el espectro político, la derecha ha sido responsable de una cantidad mucho mayor que la izquierda durante varias décadas. En los últimos años, los agresores parecen provenir cada vez más de los sectores políticamente confundidos, con trastornos mentales y fuertemente armados de la población estadounidense, cuya paranoia y desorientación se han entrelazado con una cultura política incoherente pero ferozmente polarizada. Incluso la violencia armada masiva estadounidense común y corriente tiene una valencia cada vez más política; donde los tiradores escolares de antaño eran dados a una especie de nihilismo totalizador y despolitizado, hoy garabatean eslóganes políticos contradictorios en sus armas.

El asesinato de Charlie Kirk ya parece una prueba más de que la manía violenta de Estados Unidos choca frontalmente con el tribalismo deshumanizante de nuestra cultura política. Esta combinación tóxica amenaza con corroer gravemente las normas democráticas y extinguir cualquier esperanza de progreso de la izquierda.

Posible represión

Kirk dirigía una maquinaria de propaganda política bien financiada que promovía un mensaje simple. «Liberales», «radicales» y «socialistas» —rara vez se molestaba en hacer distinciones sutiles— estaban arruinando el país. Las universidades eran fábricas insidiosas de adoctrinamiento izquierdista. Estados Unidos estaba abrumado por inmigrantes violentos. Las mujeres debían dedicarse al ámbito doméstico. Estados Unidos era una nación cristiana y debía seguir siéndolo. Donald Trump era una fuerza positiva.

Hace cuatro años, uno de nosotros (Ben) debatió con Kirk sobre “Socialismo Democrático vs. Populismo Conservador”. Desde entonces, su postura política ha ido empeorando aún más, rozando formas mucho más repugnantes de nacionalismo y xenofobia, pero incluso en 2021, la esencia de la postura de Kirk era indefendible. Aunque se autoproclamaba “populista”, defendió una serie de posturas que habrían encajado perfectamente en la página editorial del Wall Street Journal. Se oponía firmemente incluso a pequeños pasos hacia una sociedad

más igualitaria, como la sanidad universal y la construcción de un movimiento obrero más fuerte.

Al mismo tiempo, no cayó en ataques personales. Se ciñó a la esencia de los argumentos, evitando en gran medida las trampas fáciles y dándole a Ben el espacio para recalcar la contradicción entre la retórica populista de Kirk y la desagradable esencia desigualitaria de su política. En un país donde, lamentablemente, un número considerable de nuestros conciudadanos coincide con la perspectiva de Kirk, debates como ese son absolutamente necesarios. El tiroteo de ayer señala un camino mucho más desagradable, uno que no terminará ni puede terminar en ningún lugar al que queramos ir.

La premisa fundamental de la política de izquierdas es que la gente común es capaz de autogobernarse, tanto en sus lugares de trabajo como en la sociedad en su conjunto. Ese objetivo solo es coherente si confiamos en que nuestros conciudadanos estarán expuestos a todos los puntos de vista, incluso los peores, y formarán sus propias opiniones. Y nuestros objetivos democráticos solo pueden alcanzarse por medios democráticos. Buscamos derrocar estructuras de riqueza y poder profundamente arraigadas. No hay forma realista de hacerlo excepto ganando a la gran mayoría de la población para nuestro lado. Lo que tenemos a nuestro favor es precisamente que la clase trabajadora que se beneficiaría de nuestra plataforma constituye la mayor parte de la población. En otras palabras, tanto las ideas convincentes como las cifras están de nuestro lado.

Pero el efecto inevitable de la introducción de la violencia de ojo por ojo en la política es reducir drásticamente la relevancia de ambos factores. En escenarios dominados por el derramamiento de sangre entre facciones, ya no importa quién tenga el programa político más atractivo o el mayor electorado potencial, sino quién tenga los ideólogos más militantes y fuertemente armados, con la menor reticencia a matar. La izquierda no ganará esa batalla.

Además, el asesinato de Kirk casi con toda seguridad perjudicará a la izquierda de otras maneras. En primer lugar, la administración Trump podría usarlo como pretexto para reprimir a los activistas de izquierda. Inmediatamente después del asesinato de Kirk, la derecha

comenzó a exigir precisamente esta respuesta. Sus demandas de purgar y censurar a toda la izquierda en represalia por el asesinato de Kirk fueron rápidas, omnipresentes y severas.

Antes de que terminara la noche, Donald Trump se dirigió a la nación y dijo: «Durante años, la izquierda radical ha comparado a estadounidenses maravillosos como Charlie con nazis y los peores asesinos en masa y criminales del mundo. Este tipo de retórica es directamente responsable del terrorismo que presenciamos hoy en nuestro país, y debe cesar de inmediato». El agresor aún no ha sido identificado ni se ha confirmado el motivo, pero eso no impidió que el presidente culpara a toda la izquierda del asesinato de Kirk y prometiera represalias.

Si la historia sirve de guía, la izquierda se enfrenta a graves peligros por este desarrollo. La teoría de que los actos de violencia política individual desatarán de algún modo movimientos masivos por la justicia (lo que antes se llamaba “propaganda de los hechos”) se ha puesto a prueba, en diversas circunstancias en todo el mundo, durante siglos. Ha sido un desastre consistente, casi siempre conduciendo a una mayor represión de la izquierda y a ataques a la democracia en general. Las secuelas del asesinato de Kirk podrían fácilmente seguir este patrón familiar y sombrío. Independientemente de si el tirador resulta ser de izquierdas o no, hay buenas razones para temer que el asesinato pueda utilizarse como pretexto para nuevas medidas represivas contra la disidencia por parte de una administración que ya se ha mostrado dispuesta a participar en un grado de autoritarismo que no hemos visto en la historia reciente de Estados Unidos.

En los últimos ocho meses, personas con tarjeta verde han sido arrestadas y encarceladas por asistir a protestas o incluso escribir artículos de opinión críticos con Israel; se han enviado tropas federales a ciudades debido a las protestas de alcaldes y gobernadores en respuesta a disturbios menores o incluso delitos callejeros; e inmigrantes simplemente sospechosos de delitos han sido enviados a mazmorras en El Salvador sin el menor atisbo de debido proceso. No es descabellado imaginar que cualquier cosa que parezca violencia de izquierda (independientemente de las motivaciones del tirador) pueda derivar en represalias extremas por parte de la administración Trump.

Mártir en ciernes

En los años transcurridos desde la segunda y más decisiva derrota de Bernie Sanders en 2020, la izquierda ha sufrido importantes reveses. Si hace apenas unos años luchábamos por el poder político, ahora nos vemos a menudo reducidos a una ira impotente ante las depravaciones de la administración Trump, la incompetencia de la oposición liberal hegemónica y el genocidio descarado que se perpetra en Gaza.

Recientemente, ha habido indicios esperanzadores de que podríamos estar recuperando terreno en la política estadounidense, en particular, la inspiradora campaña de Zohran Mamdani en Nueva York. En este momento, esa chispa de renovada política socialista democrática es valiosa y frágil. Una nueva ola de represión política podría ser particularmente desastrosa en un momento en que apenas estamos empezando a reconstruir nuestras fuerzas.

Y es probable que el asesinato de Kirk no desmoralice, sino que envalentone a la extrema derecha, que sin duda lo convertirá en un mártir de su causa. De hecho, fisuras de la prensa de derecha ya han comenzado a usar ese término. Es muy susceptible a este tipo de mitos, dado que nunca le puso el dedo encima a nadie y recibió un disparo a sangre fría mientras expresaba sus opiniones políticas.

El propio Kirk desempeñó un papel fundamental en impulsar a la Generación Z hacia la derecha, especialmente a los jóvenes. Si el asesino pretendía acabar con su influencia, sus acciones casi con seguridad tendrán el efecto contrario. El asesinato de Kirk a los treinta y un años sin duda convencerá a muchos de sus millones de espectadores y oyentes a unirse a su causa, acelerando así la cohesión de un bloque político militante de derecha que será un obstáculo para nuestro propio proyecto durante las próximas décadas.

En el corto tiempo transcurrido desde el asesinato de Kirk, la mayoría de la izquierda ha condenado con razón su asesinato. Sin embargo, un número considerable ha reaccionado con una falta de empatía casi competitiva. Su postura antimoral no solo es probable que

desagrade a los estadounidenses de a pie, que aborrecen la violencia política, sino que también es políticamente errónea y estratégicamente ingenua. No hay nada que celebrar. De hecho, hay mucho que temer.

COLABORADORES

Ben Burgis es columnista de Jacobin, profesor adjunto de filosofía en la Universidad Rutgers y presentador del programa y podcast de YouTube ” Dales un argumento”. Es autor de varios libros, el más reciente de los cuales es Christopher Hitchens: Lo que acertó, cómo se equivocó y por qué sigue siendo importante.

Meagan Day es editora asociada de Jacobin. Es coautora de «Más grande que Bernie: Cómo pasamos de la campaña de Sanders al socialismo democrático».

Ben Burgis & Meagan Day

Foto tomada de: https://jacobin.com/2025/09/charlie-kirk-murder-political-violence